



DR. CARLOS SANTA MARIA

† el 26 de Enero de 1902



PERIODICO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

TOMO II.

MEXICO, 1° DE FEBRERO DE 1902

2ª SERIE.—NUM. 3.

EL 26 DE ENERO DE 1902

FALLECIO EN LA CIUDAD DE DURANGO

El Señor Doctor

CARLOS SANTA MARIA

SOCIO CORRESPONDIENTE

DE LA

ACADEMIA N. DE MEDICINA.

D. E. P.

El Señor Doctor Santa María

El domingo 26 del presente dejó de existir el Sr. Doctor Don Carlos Santa María, socio correspondiente de la Academia Nacional de Medicina en la ciudad de Durango.

Más que el deber de consocio, la amistad que me ligaba con él, y más que la amistad la gratitud al maestro inteligente y bueno, me dictan estas cuantas líneas que hoy escribo para honrar su memoria.

Cuando yo abrí los ojos á la luz, ya el Dr. Santa María ocupaba en Durango, mi ciudad natal y la suya, un puesto envidiable entre los primeros médicos que allí ejercían. Ligado por antiguos y sólidos lazos de amistad y de cariño con mis padres, lo ví á menudo entre los míos prodigando sus cuidados con una grande eficacia y asiduidad que eran la característica de su modo de ejercer esta tan espinosa profesión.

Cuando en 1870 estuve afectado de un impudismo grave, él, que iba á hacer un viaje, propuso á mis padres llevarme consigo y recuerdo con verdadera gratitud los infinitos cuidados que él me prodigó y con los que sin duda recobré la salud.

Yo no conocía al Dr. Santa María más que por los elogios que le prodigaban mis padres, por sus manifestaciones de afecto para mí, y mis hermanos, y en aquella época en que aun mi razón no se prestaba al análisis, en que aun no comprendía cuánto significaban de verdadera amistad sus acciones para nosotros, sólo me sentía atraído hacía él por el afecto que siente el niño para aquellas personas que le dispensan benevolencia.

Después de la caída del Imperio, al restablecerse la República y al organizarse la escuela preparatoria que lleva en Durango el nombre de Instituto «Juárez», el Dr. Santa María fué encargado de profesar ella en la Física y la Química; y poco después, por el año de 1870, si mi memoria no es infiel, verificábanse en el patio del palacio de gobierno con pompa desusada, dos actos públicos: el uno de Física, sustentado por el que después fué el Dr. Manuel Rocha, y el otro de Química por el que hoy es nuestro ministro de Fomento, el Sr. Ingeniero Leandro Fernández.

Imposible sería para mí describir el verdadero alboroto que estos actos científicos provocaron en la ciudad. Aun no se apagaban los rencores de partido, y esta fué una arma que esgrimieron los liberales para hacer ver que sólo en las aulas del Estado y bajo el actual régimen se cosechaban aquellos frutos; en tanto que el clero y sus adeptos sostenían que en el Seminario Conciliar se estudiaban esos ramos con tanta ó mayor solidez, sólo que no se podía hacer este estudio de un modo experimental; pero sobre los dictérios, los despechos, había algo que flotaba y que todos reconocían: el aprovechamiento de los alumnos de una parte, y de la otra la aptitud, los conocimientos, el talento del profesor.

Cuando en 1876 llegué á su cátedra para cursar la Física, sentí un inmenso desconsuelo; nada quedaba en él para mí del médico cariñoso, del amigo afecto á chancearse; se me presentó bajo el aspecto del maestro adusto que me obligaba á estudiar, no como había estudiado hasta allí repitiendo lo que los libros decían, sino obligándome á meditar, á pensar, á resolver, por mí mismo las dificultades; un maestro que torturaba mi cerebro y el de mis condiscípulos para enseñarnos no sólo á asimilarlos la ciencia que profesaba, sino para educarnos por medio de una gimnástica inteligente y provechosa. Yo puedo asegurar que los que pasaban por su cátedra adquirían algo de su manera de ser; allí pude comprender lo que el profesor valía. Después he tenido muchos maestros, muchos inteligentes, instruídos, de cuyo saber me he aprovechado, pero no tuve ninguno que ejerciera tal influencia sobre mí; porque aquél despertó mi inteligencia, porque me enseñó lo que era el estudio, porque á su lado vencí las mayores dificultades que he encontrado en el sendero científico.

Pasaron los años y cuando después de obtener mi título regresé á mi querida ciudad natal, volví á encontrar al amigo todo corazón y entonces me enseñé á conocer al médico concienzudo, al trabajador infatigable, al hombre verdaderamente instruido; oyendo de sus labios infinidad de consejos útiles, de aquellos que no se aprenden en los libros, de aquellos que sólo recoge el observador inteligente.

De sus antiguos discípulos, solo dos pudimos más tarde apreciar lo que valía este hombre tan juicioso como ilustrado, mi sentido y malogrado

amigo el Doctor Don Mariano Herrera y yo. Y pudimos valorar su marido porque ambos lo queríamos, porque ambos frecuentábamos su trato porque teníamos una misma profesión.

Si el Dr. Santa María, en vez de tener que vivir retirado hubiera ejercido en esta capital, no vacilo en asegurar que hubiera ocupado uno de los primeros puestos entre sus compañeros, así por su finísimo trato, por su juicio sólido, como por sus vastos conocimientos.

A estas cualidades tan verdaderas unía el Dr. Santa María laboriosidad y actividad, poco comunes á las exigencias de una clientela numerosa adunaba la dirección de los Institutos del Estado en donde daba dos cátedras; la Dirección del Hospital Civil; la Presidencia del Hospicio de pobres, perteneciendo entretanto, varias veces al Congreso del Estado; y esta inmensa labor cumplida á conciencia, lo dejaba entero, sin que se notara en el ni desaliento, ni cansancio, ni ese desfallecimiento nervioso que hoy bautizamos con el nombre de neurastenia.

Cometió un pecado: escribió poco. Pero si se reflexiona que en su época de mayor actividad era desusado casi el hacerlo, si se piensa que el médico que ejerce lejos de los centros de más ilustración, se torna tímido, si meditamos en la inmensa labor cumplida de verdad, se comprenderá lo poco dispuesto que estuvo para hacerlo.

El Dr. Santa María fué un hombre útil á la patria, si no fué benéfico para todo el país, lo fué para su localidad; hay allí infinidad de personas, y hubo millares que recibieron sus beneficios; modificó profundamente la instrucción pública encauzándola en nuevos senderos y sacándola de los vetustos moldes seminaristas. Como amigo fué inmejorable; en el hogar un hombre cariñoso y bueno; como profesor rayaba á grandísima altura; como médico, instruido, práctico y laborioso; como ciudadano, de costumbres irreprochables y conquistándose por sus cualidades el cariño de sus coterráneos. La ciudad de Durango debe estar desolada, como me encuentro yo.

México, enero 27 de 1902.

F. ZÁRRAGA.

ACADEMIA N. DE MEDICINA

Extracto del Acta núm. 14

SESION DEL DIA 8 DE ENERO DE 1902

Presidencia del Sr. Dr. D. Manuel Gutiérrez.

Informe del Dr. Mejía acerca de unas operadas del Dr. Villarreal; discusión, presentación de una operada del Dr. Hurtado.

Se concedió la palabra al Sr. Dr. Mejía para informar acerca de las operadas que reconoció en una de las sesiones anteriores, y lo hizo por escrito, dando lectura al informe que acompaña á esta acta. El Sr. Villarreal pidió la palabra para dar las gracias al Sr. Mejía, á cuyo informe dijo no tener nada que objetar, pero refiriéndose á una enferma citada en él, expuso que ésta, después de las dos operaciones que le hicieron los Sres. Lavista y Mejía, con asistencia del Dr. Bandera, y transcurrido ya bastante tiempo, se le presentó con un padecimiento de la matriz y un sarcoma. Hace algunos meses la operó y encontró las huellas de los padecimientos y operaciones anteriores. Entró en pormenores acerca de las lesiones que él había encontrado, y dijo que hacía esta información para completar la historia clínica de la paciente.

El Sr. Mejía manifestó que, efectivamente, hacía ya mucho tiempo desde que había operado por última vez á la señora referida y que con los datos del Sr. Villarreal se completaba su historia clínica.

El Sr. Hurtado presentó á una de las operadas aludidas en su trabajo de turno y refirió que esta mujer, después de haber tenido dos ó tres partos, el último de los cuales se complicó de accidentes sépticos, ha tenido una afección venerea, leucorrea, y una uretro-cistitis blenorragica. Cuando se le presentó, estaba pálida, enflaquecida y con una cistitis muy rebelde. La matriz estaba en retroversión, inmovilizada por adherencias del parametrio posterior. El cuello crecido, con pequeños quistes y con la mucosa en reversión. Sobre la cara anterior de la matriz, detrás del pubis y prolongándose hacia abajo del lado derecho, había un abultamiento que se percibía mejor por la palpación bimanual tanto más cuanto que existía una eventración que facilitaba mucho la exploración